

Artigo

## La sombra de la revolución mexicana: Usos políticos del pasado y la tradición cardenista a inicios de la era de Luis Echeverría (1969-1970)

Andrés Nicolás Funes,

Pós-Doutorando na *Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM*  

**Palabras clave:**

México;  
Cardenismo;  
Echeverría.

**Resumen.** El artículo analiza los usos políticos de la figura de Lázaro Cárdenas durante la campaña presidencial de Luis Echeverría (1969-1970) y sus funerales en octubre de 1970. Examina cómo el echeverrismo utilizó su memoria como recurso simbólico para legitimar un nuevo proyecto político, orientado a recomponer el vínculo entre el régimen del PRI y las bases sociales, en un contexto crítico tras la masacre de Tlatelolco. La investigación se basa en una metodología cualitativa, con fuentes primarias (discursos de campaña, prensa oficial y archivos) y secundarias sobre memoria histórica, tradiciones políticas y desarrollo económico-social en México entre 1940 y 1970. El análisis identifica dos estrategias de Echeverría: relanzar la Reforma agraria como “segunda etapa” para modernizar el campo, y cooptar a la juventud como nuevo sostén del régimen. La memoria cardenista fue un campo de disputa desde el cual el echeverrismo buscó articular una narrativa de unidad revolucionaria y renovación institucional.

**Keywords:**

Mexico;  
Cardenism;  
Echeverría.

**[EN]** The shadow of the mexican revolution: political uses of the past and the cardenist tradition in the early years of luis echeverría's era (1969-1970)

**Abstract.** This article analyzes the political uses of the figure of Lázaro Cárdenas during the presidential campaign of Luis Echeverría (1969-1970) and of his funeral in October 1970. It examines how Echeverrismo used his memory as a symbolic resource to legitimize a new political project, aimed at recomposing the link between the PRI regime and the social bases, in a critical context after the Tlatelolco massacre. The research is based on a qualitative methodology, with primary sources (campaign speeches, official press and archives) and secondary sources on historical memory, political traditions and socioeconomic development in Mexico between 1940 and 1970. The analysis identifies two of Echeverría's strategies: relaunching the agrarian reform as a “second stage” to modernize the countryside and co-opting the youth as a new support for the regime. The Cardenist memory was a field of dispute from which Echeverría sought to articulate a narrative of revolutionary unity and institutional renovation.

**Palabras clave**

México;  
Echeverría;  
Cardenismo.

**[PT] A sombra da revolução mexicana: usos políticos do passado e a tradição cardenista nos primeiros anos de Luis Echeverría (1969-1970)**

**Resumo.** Este artigo analisa os usos políticos da figura de Lázaro Cárdenas durante a campanha presidencial de Luis Echeverría (1969-1970) e o seu funeral, em outubro de 1970. É examinado como o Echeverrismo usou a sua memória como um recurso simbólico para legitimar um novo projeto político, com o objetivo de recompor o vínculo entre o regime do PRI e as bases sociais, em um contexto crítico após o massacre de Tlatelolco. A pesquisa baseia-se em uma metodologia qualitativa, com fontes primárias (discursos de campanha, imprensa oficial e arquivos) e fontes secundárias sobre memória histórica, tradições políticas e desenvolvimento socioeconômico no México entre 1940 e 1970. A análise identifica duas das estratégias de Echeverría: relançar a reforma agrária como uma “segunda etapa” para modernizar o campo e cooptar os jovens como o novo pilar do regime. A memória cardenista foi um campo de disputa a partir do qual Echeverría procurou articular uma narrativa de unidade revolucionária e renovação institucional.

**Introducción<sup>1</sup>**

Sin la Revolución Mexicana, ni usted ni yo estaríamos aquí conversando de esta manera; quiero decir, sin la Revolución, nunca nos hubiéramos planteado el problema del pasado de México, de su significado, ¿no cree usted? Como que en la Revolución aparecieron, vivos y con el fardo de sus problemas, todos los hombres de la historia de México.

Carlos Fuentes, *La región más transparente*, 1958

En 2006 se celebró en la ciudad estadounidense de Tucson, Arizona, un congreso titulado “Cárdenas, Echeverría y el populismo revolucionario”, donde se compararon dos presidencias emblemáticas del siglo XX mexicano: la de Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940) y la de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976). El objetivo no era solo contrastar dos estilos, personalidades y administraciones separadas por más de tres décadas, sino también trazar una

---

<sup>1</sup> Quisiera expresar mi agradecimiento al Dr. Héctor Zamitz Gamboa, director de mi estancia posdoctoral en la UNAM, por su lectura atenta y sus valiosos comentarios a una versión preliminar de este artículo. Agradezco también a la Lic. Elba Gutiérrez Castillo por sus agudas sugerencias y su compañía durante el proceso de escritura. Asimismo, a las y los evaluadores anónimos por sus observaciones y sugerencias, que contribuyeron a mejorar el manuscrito. Las omisiones y errores que subsistan son, por supuesto, de mi entera responsabilidad.

distinción entre dos términos que suelen emplearse juntos, aunque no son equivalentes: lo popular y lo populista.

Esta diferenciación quedó plasmada en 2010 con la publicación de *Populism in Twentieth Century Mexico*, una versión en libro del congreso. En su prefacio, Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del general michoacano, retomó esta distinción, argumentando que lo popular encierra valores políticos e ideológicos que el populismo no posee. A partir de esta premisa, estableció una diferencia entre las administraciones de Cárdenas y Echeverría. Mientras el primero habría promovido políticas destinadas a empoderar a los sectores populares y fortalecer la Nación, el segundo habría recurrido a la demagogia, apelando a campesinos, indígenas y trabajadores solo en la medida en que servían a su proyecto político. Para Cuauhtémoc Cárdenas, su padre no podía ser considerado populista. Echeverría, en cambio, sí.

Esta lectura atraviesa toda la obra. Sustenta la idea de que el cardenismo no fue populista debido al impacto de sus políticas, la solidez de su proyecto político y la personalidad austera del general michoacano. Echeverría, por el contrario, es presentado como el epítome del populismo mexicano. Así, la distinción entre lo popular y lo populista nos opera como una herramienta analítica para comprender los fenómenos histórico-políticos en su complejidad. Antes bien, resulta ser un juicio moral. Lo popular es sinónimo de autenticidad, mientras lo populista remite a la falsedad y la manipulación.

Este esquema de interpretación no es exclusivo de Cuauhtémoc Cárdenas ni tampoco del libro que prologa. Gran parte de la producción académica sobre América Latina emplea el concepto de populismo de manera peyorativa, convirtiéndolo en la encarnación de todos los males. Opuesto exacto, en todos los casos, del “buen régimen” postulado por las y los autores<sup>2</sup>. En el ámbito de la ciencias sociales en México, se describe al populismo como una mentalidad que exalta la bondad intrínseca del pueblo y sus valores, victimiza a los sectores populares, amenaza las democracias modernas o promueve

<sup>2</sup> Es lo que postulan Weyland (2004), Zanatta (2014) y Finchelstein (2018), por nombrar solo algunos.

liderazgos carismáticos y personalistas que desprecian las instituciones (Loaeza, 2001; Cansino y Covarrubias, 2006; Freindemberg, 2007). En este marco, Cárdenas y Echeverría son frecuentemente catalogados como dos gobiernos populistas, estableciendo entre ambos una relación de continuidad (Skidmore, 1996; Smith, 1998).

Pero, ¿por qué sucede esto? ¿A qué se debe que estos dos presidentes sean considerados referentes del populismo mexicano? Incluso, ¿cuál es la razón que justifica no sólo aquel epíteto, sino también la comparación entre las administraciones?

Este artículo aborda estos interrogantes desde una perspectiva distinta a la mera comparación. Antes que preguntar sobre el carácter populista del cardenismo y del echeverrismo, el trabajo pretende analizar un aspecto sumamente relevante de la construcción de identidades políticas: sus vínculos con el pasado histórico nacional<sup>3</sup>. Con ese objetivo en mente, se examinan los usos políticos de la memoria de Cárdenas por parte de Echeverría y el Partido Revolucionario Institucional (PRI), en dos momentos claves: la campaña presidencial de 1969-1970 y las exequias del general michoacano en octubre de 1970.

Hablar de los usos del pasado no supone considerarlo desde una óptica manipuladora o instrumental. Implica, antes bien, poner el foco en las prácticas sociales y los sentidos históricos que los sujetos construyen dentro de un contexto determinado (Svampa, 2016). Este proceso, cargado de tensiones, refleja lo que Sarlo (2007) describe como la naturaleza conflictiva e indócil del pasado. En tanto que toda interpretación del pasado tiene un componente anacrónico, es reconfigurado, reinterpretado y representado desde las necesidades del presente. Esto sucede incluso al margen de las intenciones explícitas de los que participan en dicho proceso. El pasado irrumpie de forma

<sup>3</sup> Todas las identidades políticas se estructuran alrededor de un sistema temporal que, interpretando el pasado y prefigurando un futuro deseado, otorgan sentido y legitiman la acción en el presente. Una cuestión prioritaria a la hora de analizarlas es precisar de qué modo se lee la historia nacional y se presentan los proyectos políticos anhelados (Aboy Carlés, 2001).

inevitabile, convirtiéndose en un recurso esencial para conformar un imaginario colectivo (Benveniste, 1999).

Como se mostró en otro lugar (Funes, 2024), los usos políticos del pasado constituyen un aspecto ineludible de las identidades y tradiciones políticas. En tanto conjunto selectivo y ficticio de valores y prácticas que buscan informar a los miembros de una comunidad acerca de los modos de pensar, actuar y sentir, las tradiciones políticas cambian con el devenir temporal a los fines de continuar ejerciendo su influencia sobre los vivos. Las tradiciones políticas son narraciones sobre la historia construidas y reconstruidas, que condicionan, pero no determinan el presente y el porvenir. Por eso cobra real relevancia hablar de los usos políticos del pasado.

El movimiento estudiantil del '68 y la dura represión del gobierno coincidieron con las primeras señales de agotamiento de un modelo de crecimiento económico y desarrollo que marcó a fuego México desde los años cuarenta. Estos trágicos eventos desataron una crisis de legitimación que trascendió al gobierno de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), instalándose como una herida que la fuerza gobernante necesitaba cerrar. La selección de Echeverría como candidato oficial a la presidencia en 1969 buscó precisamente evitar que esa lesión se agravara y pusiera en peligro la hegemonía del partido. La hipótesis central del artículo es que el PRI y Echeverría hallaron en Cárdenas un punto de apoyo para restaurar la legitimidad y recomponer los lazos entre el pasado revolucionario del partido, su dirigencia, el presente setentista y el futuro de la República. A esos fines, se recurrió al uso político del legado cardenista.

El artículo se organiza en tres secciones. En la primera, se examina el modelo de crecimiento y desarrollo económico de México entre 1940 y 1970, con énfasis en sus logros y limitaciones. A partir de estas últimas, la segunda sección analiza la respuesta política y económica del gobierno de Echeverría (1970-1976). Finalmente, la tercera parte estudia los usos políticos de Cárdenas durante la campaña presidencial y su fallecimiento, momentos claves en la utilización de símbolos históricos para legitimar al candidato, al partido y al régimen en un contexto de crisis del modelo económico y social de México durante el siglo XX.

## Un “milagro mexicano”. El desarrollo estabilizador. Declive económico y crisis política

Durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX latinoamericano, México fue visto como toda una anomalía. En términos políticos, el PRI, fundado en enero de 1946, pero cuyas raíces se extienden desde finales de los veinte<sup>4</sup>, instauró un régimen estable y relativamente pacífico. Institucionalizó la lucha política y permitió cierta circulación de las élites, todo ello al precio de un marcado autoritarismo que impedía cualquier tipo de crítica y/o puesta en cuestión del orden de cosas vigente<sup>5</sup>. Ello contrastaba con sus vecinos regionales. En el Cono Sur, Argentina y Brasil se caracterizaron por su inestabilidad política y sus crisis de dominación que dieron paso a sendas dictaduras militares entre 1950 y 1980<sup>6</sup>. Algo similar puede marcarse en la parte central del continente americano, con los gobiernos dictatoriales de hombres fuertes – casos de Honduras, El Salvador, Nicaragua y República Dominicana – siendo suplantados por juntas militares o por hombres salidos de las Fuerzas Armadas<sup>7</sup>. En México, sin embargo, el régimen priista se mantuvo a una sana

<sup>4</sup> En concreto, al Partido Nacional Revolucionario (PNR), organizado en 1928 por Plutarco Elías Calles, y al Partido de la Revolución Mexicana (PRM), aparecido diez años después con Lázaro Cárdenas. Para ampliar, Lajous (1981) y Córdova (1976).

<sup>5</sup> En el bienio final del sexenio cardenista comenzaron a darse repliegues en las políticas revolucionarias, principalmente en ámbitos como la entrega de tierras, la conflictividad obrera y las posibilidades de nuevas expropiaciones tras la del petróleo de 1938 (González, 1981). Este sosiego se continuó bajo su sucesor, Manuel Ávila Camacho (1940-1946). Beneficiado por el conflicto bélico en Europa, dispuso de una batería de medidas para disciplinar el conflicto social (Loyola Díaz, 2015). Con Miguel Alemán Valdés (1946-1952), el sistema político mexicano adquirió los ribetes definitivos que lo acompañarán los próximos lustros: el sometimiento de los gobernadores o la centralización del poder en el Palacio Nacional, la marginación de los sectores de izquierda de las organizaciones sindicales y la intensificación del anticomunismo en el recientemente creado PRI (Medina, 1979).

<sup>6</sup> Mientras la Argentina tuvo en ese lapso tres dictaduras militares (1955, 1966 y 1976) y dos gobiernos semidemocráticos (1958 y 1963, con restricciones de partidos y candidatos), en Brasil los gobiernos democráticos de Juscelino Kubitschek y João Goulart (1955 y 1960) fueron interrumpidos por una dictadura militar que estuvo en el poder hasta bien entrado los años ochenta. Al respecto, Rouquié y Suffern (1997).

<sup>7</sup> Más allá de los parecidos de familia, no debería pensarse que todas las dictaduras en América Central fueron iguales. Los gobiernos dictatoriales de principios del siglo XX no son idénticos a los que aparecen en la segunda posguerra. Los primeros surgieron sobre un suelo eminentemente rural y con sectores populares desmovilizados –casos de Guatemala y El Salvador, por ejemplo–, mientras las dictaduras centroamericanas tras la Segunda Guerra

distancia del canto de las sirenas militares, sin por ello desestimar prácticas represivas y autoritarias durante sus más de 70 años de gobierno ininterrumpido<sup>8</sup>.

El caso mexicano se destacó también respecto a otras naciones de Centro y Sudamérica por su modelo de desarrollo económico. No tanto por el tipo de políticas aplicadas per se, sino por el objetivo que persiguieron estas medidas. Desde 1940, el país fue testigo de un acelerado y estable proceso de industrialización. El popularmente conocido “desarrollo estabilizador” representó una de las etapas más prósperas en la historia económica de México. Durante tres décadas, el PBI creció a una tasa anual promedio del 6%, con una inflación controlada y una notable expansión de la infraestructura industrial y urbana (Favela Rodríguez, 1996)<sup>9</sup>. Basado en la sustitución de importaciones, este modelo buscó reducir la dependencia externa mientras estimulaba la inversión nacional. A través de una alianza implícita entre el sector público y el privado, los sucesivos gobiernos priistas se empeñaron en garantizar una estabilidad política que diera certidumbre económica para atraer inversiones (Rousseau, 2001). La estabilidad monetaria y cambiaria fue un pilar fundamental, al igual que la creación de empleos en sectores industriales. Además, la consolidación del modelo contribuyó a mantener la paz social, apoyándose en un aparato estatal

---

Mundial se erigieron ante el temor de que el clima democrático deviniera en una revolución que pusiera en peligro el orden social y económico –casos de Nicaragua y República Dominicana- (Ibarra Figueroa, 1994).

<sup>8</sup> La contención de la disputa obrera por la apropiación de la renta, la detención del reparto de tierras y el nacionalismo, mezclado por un agresivo anticomunismo, caracterizaron los treinta años que siguen a la constitución del PRI. Estos mecanismos de disciplinamiento social marcaron la tónica de los gobiernos de Alemán a Echeverría. Sin embargo, fue bajo las administraciones de Adolfo López Mateos (1958-1964) y Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) cuando esos dispositivos fueron auxiliados con prerrogativas heredadas de los tiempos de Ávila Camacho: la limitación del derecho a huelga y el delito de disolución social. Ambos fueron esgrimidos durante la represión a la huelga ferrocarrilera de 1959 y al movimiento estudiantil de 1968. La abierta violencia se sumó a los mecanismos corporativos a los fines de consolidar el régimen autoritario. (Reyna; Delarbre, 1981; Aguayo, 1998; Vicente Ovalle, 2023).

<sup>9</sup> Además de la tasa de crecimiento, México presentaba una inflación anualizada que no superaba el 4 por ciento, estabilidad cambiaria (12.5 pesos por dólar entre 1954 y 1976). La desocupación y subocupación, y la concentración de la renta fueron, sin embargo, problemas persistentes durante los años del “desarrollo estabilizador”, y terminaron por horadar el crecimiento económico.

robusto y en alianzas corporativistas que integraban a campesinos, obreros y clases medias dentro del sistema político (Rousseau, 2001).

Como señalan Huacuja y Woldenberg (1976), durante el periodo 1940-1970, el Estado nacional se puso al frente del desarrollo capitalista en México mediante políticas protecciónistas, incentivos fiscales, costos de transporte y energía subsidiados e inversión pública en infraestructura. Al decir de Saldívar (1981), ese papel asumido por el Estado le otorgó un grado alto de autonomía política frente a los empresarios. A tal punto que la burocracia política encontró a lo largo de esos años –y también después- las palabras adecuadas para justificar su dirección del proyecto de desarrollo económico. También Basáñez (1988) destaca el compromiso del Estado mexicano con el crecimiento capitalista en las sucesivas etapas de orientación económica que atravesó el país en el siglo XX. Sin embargo, tan sólo en 1968 en términos políticos y 1976, en económicos, se hizo evidente que la función de predicar el capitalismo se encontraba reñida con el origen popular que tuvo el Estado en México.

A estas medidas de política económica se sumó el control político de los sectores subalternos –principalmente al movimiento obrero, cuyos salarios se mantuvieron bajos-, que dieron por resultado una “[...] concentración del capital en manos de un reducido número [...] [y] la aparición de la fracción financiera del capital, como fracción dominante” (Huacuja; Woldenberg, 1976, p. 19). Las limitaciones estructurales del modelo, sumadas a las crecientes demandas sociales y políticas, marcaron su declive hacia finales de la década de 1960. Su carácter antiexportador, antiagrícola y limitado en la absorción de mano de obra generó desequilibrios profundos en la economía nacional (Favela Rodríguez, 1996). La desigualdad socioeconómica también se agravó, con sectores rurales marginados frente al crecimiento urbano-industrial. Del mismo modo, el alza demográfica y la urbanización acelerada aumentaron la presión sobre los servicios públicos, la vivienda y la infraestructura (Rousseau, 2001). Las demandas sociales crecientes comenzaron a desbordar los mecanismos

tradicionales de mediación establecidos desde el cardenismo<sup>10</sup>, debilitando la capacidad del Estado para responder de manera efectiva a los nuevos desafíos. Según Cothran (1994), desde mitad de los años sesenta, México comenzó a vivir desórdenes políticos que no se veían en el país desde los treinta. Un rol protagónico lo tuvieron los estudiantes, quienes se movilizaron activamente durante el periodo de Díaz Ordaz<sup>11</sup>. Además de la denuncia a la falta de libertades políticas, los sectores estudiantiles, liderados mayoritariamente por representantes de las nacientes clases medias mexicanas, demandaron mayores oportunidades y una porción de las jugosas ganancias que se amasaron en los años recientes (Cothran, 1994). La movilización de 1968, duramente reprimida el 2 de octubre en la conocida Masacre de Tlatelolco, reveló las transformaciones en la “[...] estructura productiva del país y, con ello [de] los centros de enseñanza superior [que] dejaron de cumplir cabalmente con su función” de formar cuadros políticos profesionales para la administración pública y el sector privado (Huacuja; Woldenberg, 1976, p. 19). Esta respuesta violenta por parte del Estado evidenció una crisis de legitimidad en el presidencialismo mexicano y profundizó las divisiones internas dentro del PRI (Favela Rodríguez, 1996).

El desarrollo estabilizador dejó un legado ambivalente. Si bien marcó a fuego un periodo de crecimiento económico y estabilidad política sin precedentes en el país, su incapacidad para adaptarse a las nuevas demandas sociales y económicas provocó su eventual colapso a finales de los sesenta. Esta década trajo consigo una serie de crisis económicas y políticas en México, sellando el fin del modelo. Con Echeverría, el “desarrollo compartido” buscó

<sup>10</sup> Es decir, a los mecanismos de mediación: los sectores campesinos, obreros y populares, división estructurada al interior del partido gobernante. Con la creación del PRM, se puso en marcha una estructura vertical y corporativa cuyos partícipes principales no cambiaron cuando sí lo hizo su nombre en 1946: el Presidente, el partido hegemónico, las organizaciones profesionales y las instituciones electorales (Leal, 1984).

<sup>11</sup> Un interrogante relevante es por qué fueron los estudiantes -y en menor medida, algunos intelectuales- quienes reaccionaron primero ante el sistema estructurado por el PRI. Mientras los empresarios nacionales y las fracciones ligadas al capital extranjero se beneficiaban de los amplios márgenes de ganancias que les otorgaba el modelo de “desarrollo estabilizador”; varios intelectuales de renombre se encontraron cooptados por el partido gobernante, refugiándose en las Universidades; y los sindicatos obreros y campesinos estaban dominados por burócratas que respondían más a los intereses del gobierno que a sus representados -el llamado charrismo-, los estudiantes se encontraban liberados de las ataduras del partido hegemónico (Basurto, 1982).

superar los problemas del esquema anterior. Sin embargo, los conflictos con los empresarios, el aumento desmedido del gasto público y la deuda externa condujeron a la devaluación de 1976, y, finalmente, a su colapso.

### **Apostando por un “nuevo milagro”. Entre la apertura democrática y el desarrollo compartido.**

El PRI llegó a los setenta con una crisis social en cierres y con las primeras manifestaciones del agotamiento de su modelo económico. Ambas cuestiones amenazaban la sostenibilidad de un sistema político que hacía de la estabilidad y de la previsibilidad banderas de orgullo nacional. Para afrontar estos problemas, dos tendencias tomaron forma dentro de la “familia revolucionaria” por aquellos años. Por un lado, sectores conservadores del PRI ligados a las burguesías nacionales y a los capitales extranjeros que obtenían grandes ventajas del modelo de desarrollo y se negaban a cambiarlo. Por el otro, quienes lo criticaban, demandando cambios sustanciales, y un retorno a las políticas sociales y económicas que aplicó Lázaro Cárdenas durante su sexenio. Fue el caso de Porfirio Muñoz Ledo, Horacio Flores de la Peña, Víctor Flores y Enrique González Pedrero, entre otros (Krause, 1997). Este nutrido grupo de jóvenes oficiales del PRI mantenían vínculos con la intelectualidad mexicana y pretendían seducir a las burguesías nacionalistas con un cardenismo avant la lettre (Basurto, 1982). La selección de Echeverría como candidato a la presidencia obedeció precisamente a una disyuntiva que atravesaba al partido hegemónico: ¿cómo cambiar lo justo y necesario para que todo siga igual?

Para Cothran (1994), Echeverría creía que el problema fundamental en el país era la pérdida de legitimidad del partido gobernante. Razones no le faltaban. La Masacre de Tlatelolco demostró no solo que el Estado estaba dispuesto a usar la fuerza para aquietar el conflicto social. Reveló también que existía un sector amplio de la población que renegaba del sistema político, del modelo económico y de sus principales beneficiarios. La represión de 1968 proyectó una sombra sobre la capacidad del régimen político posrevolucionario

para conservar su legitimidad ante la población (Rousseau, 2001). De aquí proviene un primer sentido del título de este artículo, que retoma lo sustancial –además de jugar con el nombre de su libro– del planteamiento de Aguilar Camín y Meyer (2005): Tlatelolco inauguró un periodo de transición de veinte años en el sistema político mexicano, durante el cual las estructuras, prácticas y modos de ejercer la política y la economía nacidos tras la Revolución de 1910 perdieron su magnetismo y poder.

Ante este panorama, Echeverría desarrolló una estrategia que podría denominarse bicéfala. Por un lado, planificó la llamada “apertura democrática”. Con el fin de diferenciarse de Díaz Ordaz<sup>12</sup>, exhibió y explotó “[...] retóricamente una renovada voluntad democrática sensible a las causas populares” (Cansino; Covarrubias, 2006, p. 78). Sin desestimar a los sectores obreros, campesinos e indígenas<sup>13</sup>, en la retórica presidencial ocuparon un lugar principal las clases medias, quienes tuvieron un papel prioritario en las movilizaciones de los años sesentas. Para Cansino y Covarrubias (2006), la apuesta por reincorporar a las clases medias al régimen abrió espacios a la oposición y a los críticos del sistema, permitiendo desactivar las más serias puestas en cuestión al partido hegemónico<sup>14</sup>.

Por el otro, además de la estrategia política, el nuevo presidente se inclinó por una económica. Podía retomar la senda del crecimiento económico, esperando que éste satisfaga a la mayoría y con ello aquietar las puestas en cuestión al modelo de desarrollo. También, redistribuir lo existente, con la

<sup>12</sup> Evaluación crítica que se matizó con el correr del tiempo. Entrevistado en 1983, Echeverría sostuvo que Díaz Ordaz percibió un intento desde la izquierda y la derecha por desplazarlo, y “[...]tomó las medidas para evitar el estallido social” (Suárez, 1983, p. 254).

<sup>13</sup> Durante el sexenio de Echeverría, el charrismo sindical entró en una encrucijada. Los sindicatos disidentes a la conducción de Fidel Velázquez en la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) aprovecharon la “apertura democrática” del gobierno para lanzarse en una cruzada contra su líder. Sin embargo, más allá de las intenciones de Echeverría y su grupo, Velázquez se mantuvo en su puesto, obturando la renovación de la máxima central de trabajadores en México.

<sup>14</sup> Entre las múltiples tentativas que ensayó el gobierno, deben destacarse las tendientes a contentar a la más seria amenaza al sistema: el movimiento estudiantil. Se promulgó una nueva ley de educación en 1973, se crearon nuevas instituciones de enseñanza media y superior, y el antiguo Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías

esperanza de que el incremento de la demanda agregada expanda por sí sola la economía.

A lo largo de su sexenio, Echeverría intentó ambos caminos, inclinándose finalmente por la redistribución con represión (Cothran, 1994)<sup>15</sup>. A ello apuntó el llamado “desarrollo compartido”. Su objetivo principal fue promover una redistribución más equitativa de los beneficios del crecimiento económico, buscando mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras y campesinas. La intención del gobierno de pasar a un nuevo modelo de desarrollo no implicó ipso facto un cuestionamiento al patrón de desarrollo de las décadas precedentes. Impugnó tan solo sus efectos negativos en cuanto a la distribución de los beneficios. Se pensó posible aunar las tasas de crecimiento con un reparto más justo de la renta, todo ello con el fin último de suavizar las tensiones que amenazaron al sistema desde mitad de los sesenta (Saldívar, 1981). En función de ello, se idearon una serie de políticas redistributivas a través de instrumentos como los impuestos, los créditos gubernamentales y la expansión de programas sociales (Favela Rodríguez, 1996). Este nuevo enfoque de política económica incluyó iniciativas para estimular el crecimiento del ejido colectivo y fomentar la participación obrera en la hechura de política pública, como la creación del Instituto del Fondo Nacional para la Vivienda de los Trabajadores (INFONAVIT) y la Comisión Nacional Tripartita, que promovía el diálogo entre gobierno, empresarios y trabajadores.

Sin embargo, no debe pensarse que el desarrollo compartido estuvo orientado meramente a políticas económicas. Además del mayor involucramiento del Estado en el ámbito económico y el aumento del gasto público, buscó relegitimar al presidente como representante del poder estatal y

---

<sup>15</sup> La represión antecedió a cualquier política económica redistributiva. En 1971 un grupo de policías auxiliares conocidos popularmente como “Halcones” reprimió una manifestación celebrada en el entonces Distrito Federal en apoyo al movimiento estudiantil de la Universidad Autónoma de Nuevo León. El gobierno actuó rápido ordenando una investigación y descabezando la jefatura distrital. En septiembre del mismo año, el presidente ordenó la clausura del Festival Avándaro de música de rock, y la prohibición de ciertos conjuntos y canciones por sus letras. A eso se sumó la política gubernamental de represión al movimiento guerrillero rural que se había desatado años antes en el estado de Guerrero en la segunda mitad de los años sesenta.

fortalecer a la administración pública, engranaje fundamental para la pléthora de proyectos y planes públicos que pergeñó el nuevo presidente (Rousseau, 2001). Precisamente, como señala Basáñez (1988), uno de los objetivos del gobierno fue el fortalecimiento del sector público vis a vis el privado. Objetivo logrado, por otro lado, si se mira el crecimiento de las empresas públicas federales entre 1970 y 1976: de 84 a 845.

Tomando lo último y amparándose en el recorrido realizado, hay que ubicarse en los momentos previos a la asunción de Echeverría y la puesta en funcionamiento de su proyecto político y económico. Si su nominación obedeció a un diagnóstico respecto a que la crisis social y los límites del modelo de desarrollo económico podían poner en peligro al sistema en su conjunto; si la evaluación que impulsó la política del nuevo presidente fue que se necesitaba reconstituir el lazo entre gobernante y gobernados para resarcir el daño a la legitimidad que había ocasionado 1968; si, en otras palabras, la apuesta del gobierno fue a desactivar a los movimientos contestatarios con una mezcla de incentivos económicos, apertura de instancias de diálogo y expresión, y coacción, surgen algunas preguntas: ¿cómo logró autolegitimarse el Estado después de que su imagen quedara empañada por la represión al movimiento estudiantil? ¿De qué manera el PRI intentó recuperar sus orígenes populares y revolucionarios que parecían haberse desdibujado? ¿Cómo construyó su legitimidad un presidente que, para muchas y muchos, encarnaba la figura del burócrata partidario por excelencia, alguien gris, reacio al cambio y cuyo ascenso en el gobierno estuvo marcado por sus contactos personales?

Estas preguntas apuntan, en un sentido preciso, a la legitimidad construida por un gobernante para llevar adelante una serie de reformas. En un nivel más amplio, el interrogante se dirige hacia los modos a través de los cuales una identidad política se enlaza a un pasado compartido, en busca de elementos a partir de los cuales revalidar sus credenciales al interior de una organización política y, más importante aún, con los votantes y simpatizantes. El PRI y Echeverría encontraron en la figura de Lázaro Cárdenas una referencia para restituir la legitimidad perdida y para recomponer los lazos entre el pasado

revolucionario del partido y sus hombres, el presente setentista y el futuro de la República. Todo ello al precio de usar políticamente el legado cardenista y la figura del ex presidente, y enlazarse a la tradición política revolucionaria del México contemporáneo.

### **Algo más que un baremo. “A lo Cárdenas”. Itinerancia y gestualidades.**

A finales de octubre de 1969 el PRI dio a conocer el nombre de quien buscaría suceder a Díaz Ordaz. El elegido, Luis Echeverría, egresó como abogado de la Universidad Nacional Autónoma de México y tras una breve experiencia como “periodista”<sup>16</sup>, se desempeñó como secretario personal del general revolucionario Rodolfo Sánchez Taboada, presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI durante el sexenio de Miguel Alemán. Unos pocos años después, siguiendo a su jefe político, sirvió como director de Cuenta y Administración en la Secretaría de Marina. Durante la presidencia de Adolfo Ruiz Cortines, se desempeñó como oficial mayor dentro de la Secretaría de Educación Pública, destacándose por las “[...] relaciones cordiales que estableció con magisterios y estudiantes” (Colin, 1969, p. 45). En 1957 ingresó como subsecretario de Gobernación en el gabinete del presidente Adolfo López Mateos. En los próximos años Echeverría no se apartaría de dicha secretaría. En diciembre de 1964, Díaz Ordaz lo ratificó como Secretario de Gobernación, cargo desde el cual comenzó su campaña presidencial a finales de 1969 (Escamilla Gil, 1991).

Una cuestión resalta del sintético recorrido biográfico: Echeverría tuvo una vida atada a la burocracia estatal y partidaria. Por una parte, se involucró en la reorganización política e ideológica que llevó adelante su mentor en el PRI. Como anota Colin (1969), Sánchez Taboada revisó los principios y postulados

---

<sup>16</sup> Tiempo antes, Echeverría navegó en la militancia universitaria. En 1943, por ejemplo, escribió su primera contribución en *El Nacional* en una sección dedicada a la política estudiantil. Dentro de la esfera universitaria, fundó la organización “Mundo Libre Juvenil de México” y participó en la Conferencia Continental de la Juventud por la Victoria, celebrada en el entonces Distrito Federal en junio de 1943 (Sierra, 1969).

ideológicos del partido, realizó cambios en la administración interna y en sus cuadros directivos, además de abrir espacios para los jóvenes profesionales universitarios. Por la otra, además de su íntima vinculación al partido, Echeverría estuvo ligado a las entrañas del poder estatal en México, sirviendo en la Secretaría de Marina, primero, y, después, en la de Gobernación, dos agencias cuyo nexo funcional fue la seguridad interna<sup>17</sup>. Esta doble faz, el burócrata partidario y el estatal, hizo que la ratificación de su candidatura presidencial a principios de noviembre fuera toda una sorpresa. Un “taciturno y burocrático funcionario” se transformó con los años en uno de los presidentes mexicanos que más dialogaba con el pueblo, que hacía discursos públicos, viajando a lo largo y a lo ancho del país. Su estilo fue calificado por Daniel Cosío Villegas como el de un predicador (Favela Rodríguez, 1996)<sup>18</sup>.

La imagen de Lázaro Cárdenas cumplió un papel fundamental en la transformación simbólica que tuvo Echeverría. El general michoacano fue algo más que una referencia circunstancial dentro de un sistema institucionalizado. Al incrementarse el malestar social, el “fantasma” de Cárdenas se constituyó en una referencia de carácter obligatorio para alguien como Echeverría, quien pretendía transmutar su figura de simple burócrata y encarnar en sí mismo una nueva etapa de la Revolución mexicana. Para poner solo un ejemplo, el apoyo otorgado durante su sexenio al presidente chileno Salvador Allende y el asilo político a los perseguidos por la dictadura militar de Augusto Pinochet desde 1973 fueron presentados por Echeverría como una emulación del apoyo que Cárdenas había dado al bando republicano español y a sus asilados durante la Guerra Civil casi cuarenta años atrás (Levín Robles, 2020). Sin embargo, como se muestra a continuación, esos usos políticos pueden hallarse en dos momentos

<sup>17</sup> La función de custodia de la seguridad nacional de la Secretaría de Marina es obvia. En el caso de la Gobernación, merece la pena destacar que bajo su órbita estuvo la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales. Esta repartición se encargó de la vigilancia y control dentro de los límites de la República. Una inmensa cantidad de activistas políticos privados de su libertad, torturados y muertos durante finales de los sesenta y principios de los setenta fueron perseguidos por la Dirección (Yankelevich, 2019).

<sup>18</sup> En *El sistema político mexicano*, Cosío Villegas (1974) define a Echeverría como un predicador y se pregunta si le resulta eficaz para gobernar. Se responde que por ser alguien nuevo, el presidente se beneficia de esa característica para convencer a su auditorio. Sin embargo, mantiene sus dudas respecto a las posibilidades de conmover al poder económico.

que anteceden al gobierno de Echeverría: la campaña presidencial y las exequias a Cárdenas<sup>19</sup>.

### La campaña. Noviembre 1969 a junio 1970.

Los casi ocho meses de campaña presidencial se destacaron por la velocidad y su carácter itinerante. Echeverría recorrió más de 56 mil kilómetros, visitando 900 pueblos y las 32 entidades estatales de la República (Krause, 1997). Lo que hizo que se extremaran las comparaciones con la campaña que Cárdenas había llevado a cabo treinta años antes<sup>20</sup>. Se internó en poblados remotos, dando allí, generalmente en parques públicos, en delegaciones obreras y campesinas o en oficinas partidarias, acalorados discursos. Por ejemplo, en los pueblos norteños de El Arco, Baja California, y Cananea, Sonora, discurrió sobre las características que la Revolución mexicana tenía en las tierras profundas:

Aquí la Revolución, en proporción con otras entidades, entregó las tierras que estaban cerca de la frontera, en manos extranjeras, a campesinos que vinieron de todas partes del país. Aquí a lo largo de la historia de nuestra patria, se habían sufrido del apartamiento cultural y del abandono económico; gentes venidas de toda la República, de las que por vitalidad, por espíritu de progreso, aceptaron el reto de venir a vivir a regiones desconocidas. Aquí se está creando un nuevo estilo de vida gracias a la Revolución<sup>21</sup>.

[C]omparto plenamente la idea [como sostienen los delegados del Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos] de que aquí hubo uno de los primeros brotes

<sup>19</sup> Las aristas desde las cuales se han comparado las administraciones de Cárdenas y Echeverría son múltiples. Mientras varios estudios han privilegiado la relación con sectores políticos particulares, las políticas públicas o sus estilos de gobierno (Snodgrass, 2010; Muñoz, 2010; Aviña, 2010; Knight, 2010), en este artículo se privilegian aspectos de Cárdenas que fueron retomados por Echeverría, sin por ello sugerir una comparación *vis a vis*. Este es uno de los grandes problemas que presentan esos trabajos. El sesgo de confirmación les permite encontrar lo que desde un principio sabían que iban a hallar en las fuentes: elementos para diferenciar el “populismo de Cárdenas” con el “de Echeverría”.

<sup>20</sup> Para Knight (2010), Echeverría deliberadamente copió el estilo de Cárdenas. Aún sabiendo que la elección no corría mayores riesgos, hizo una campaña activa, donde recorrió los pueblos más remotos de la República. Esta práctica continuó cuando ejerció su presidencia. A los viajes por el interior de México sumó giras interminables por numerosos países del llamado “Tercer Mundo”.

<sup>21</sup> UN NUEVO estilo de vida se crea en el Estado de Baja California, gracias a la Revolución. *El Día*, DF, 22 dic. 1969. p. 3.

fecundos de la Revolución Mexicana; pero que, además, considero que las circunstancia que prevalecían hace 63 años en Cananea, eran las mismas que existían en todo el país, y que en ese sentido Cananea fue el laboratorio en donde la Revolución Mexicana tuvo una de sus grandes enseñanzas para tenerla como el modelo y el ejemplo que después la habría de iluminar en su realización y la habría de llevar a la Revolución a su triunfo<sup>22</sup>.

Ambos extractos apuntan hacia un mismo lugar: en el interior de México, la Revolución adquirió características distintivas respecto al centro político y administrativo. Particularidades que, si bien originales, propias de estos territorios, fueron llevadas desde allí hacia otros espacios. Resulta sumamente interesante que, al decir de Echeverría, pueblos mineros perdidos en Baja California y Sonora encarnaran valores imperecederos de la Revolución como la reacción política y cultural ante el abandono por parte del poder central, y el ánimo aventurero de contagiar la reacción a todos y cada uno de los puntos del territorio nacional. El comienzo de la campaña por el norte del país, entonces, pareció indicar algo más que una simple colecta de votos por estados que, sin poner en juego su hegemonía, comenzaban a mostrar ciertas reticencias al partido hegemónico<sup>23</sup>. Podría entenderse, antes bien, como una recuperación de una de las almas que, según Leal, caracterizó al movimiento revolucionario mexicano de principios del siglo XX: la reacción campesina ante su proletarización por parte de los grandes hacendados y la demanda de tierra y libertad (Leal, 1984). Otra forma de decir, Echeverría parecía buscar en estos territorios extremos del norte de México un modo de zurrir un lazo con el parteaguas de 1910.

Esta pretensión de enlazamiento estaba lejos de ser una cuestión decorativa. A lo largo de los sesenta y setenta, una pregunta comenzó a tomar forma en círculos políticos e intelectuales: ¿terminó la Revolución mexicana? Por

<sup>22</sup> TEXTO íntegro del discurso de Echeverría en el poblado minero sonorense. *El Día*, DF, 2 ene. 1970. p. 2.

<sup>23</sup> Analizando los guarismos de las elecciones presidenciales de 1964, se puede observar que en los estados del norte de México algo estaba sucediendo. Por ejemplo, en Baja California, Chihuahua y Nuevo León el Partido de Acción Nacional obtuvo porcentajes interesantes de votos que, si bien no alcanzaron para conseguir senadores, les otorgó 15 nuevos diputados nacionales.

caso, en 1966 la Universidad de Temple, Filadelfia, publicó *Is The Mexican Revolution Dead?*, compilación de textos mayoritariamente críticos sobre el origen y desarrollo del hecho revolucionario en México. Unos años después, en 1972 la Secretaría de Educación Pública de México editó el libro en español. Personalidades de la intelectualidad y de la política nacional como Daniel Cosío Villegas, Jesús Silva Herzog, Leopoldo Zea, Pablo González Casanova y Vicente Lombardo Toledano realizan un balance de la Revolución mexicana, entendiéndola como un punto de partida para que el país enfrente los desafíos que le deparaba el futuro. Dentro de esta estela de inquietudes sobre los orígenes y derrotero del hecho de 1910 debe ubicarse también *La ideología de la Revolución Mexicana* de Arnaldo Córdova. Aparecido en 1973 de la mano de Ediciones Era, interrogó desde la teoría marxista cómo la revolución social se transformó al poco de andar -y una vez vencidas las resistencias de campesinos e indígenas-, en una "revolución populista"<sup>24</sup>. Esta caracterización le permite a Córdova opacar las distinciones entre el régimen de Porfirio Díaz y la Revolución, y sus momentos, en tanto proyecto histórico. Antes que oposiciones, habría grandes continuidades de fondo.

Por aquellos finales de los sesenta y principios de los setenta en México las mieles de la Revolución y sus conquistas parecían haberse transformado en objetos de examinación severa. No solo desde la academia crítica. La política también se abocó a esta tarea. En ocasión del aniversario número 59 de la Revolución, Lázaro Cárdenas fue invitado a Irapuato, Guanajuato. En su discurso, la soterrada crítica al régimen priista que realizó el año anterior,<sup>25</sup> dio paso a un juicio serio sobre los caminos que tomó el hecho

<sup>24</sup> Otra forma de decir una contrarrevolución. Se caracteriza por la "manipulación de las clases populares" y su incorporación en un régimen corporativo. También, por un "sistema de gobierno paternalista y autoritario" que se institucionaliza y un "modelo de desarrollo capitalista" que defiende la propiedad privada, apostando por la conciliación de clases. En otras palabras, la contracara de la revolución social de masas (Córdova, 1973, p. 34).

<sup>25</sup> El 28 de noviembre de 1968, Cárdenas declaró ante la prensa nacional desde La Orilla, Michoacán. Los periodistas le preguntaron sobre los episodios de octubre, la movilización estudiantil y el accionar del gobierno de Díaz Ordaz. El tono de las declaraciones fue medido. Aún reconociendo que el "progreso que va alcanzando México... para muchos habitantes de la República es desconocido", instó a que los sectores en pugna, "tanto de jóvenes como de adultos de todas las clases sociales", reconozcan la situación del país, las realizaciones que se han hecho como también las carencias, contribuyendo con "espíritu patriótico... a la solución de los

revolucionario y la conducción del proceso por parte de los sucesivos gobiernos. Por ejemplo, censuró los “tropiezos”, los “estancamientos” y “retrocesos” del México revolucionario<sup>26</sup>. Criticó la concentración de la riqueza vivida en los últimos tiempos en el país como “[...] contraria a los ideales de la Revolución”<sup>27</sup>. Llamó a la juventud a “acelerar la Revolución” y “[...] dar nuevo impulso a la Reforma Agraria”<sup>28</sup>. Este fue el último discurso público de Cárdenas, el que se considera su testamento político. Justamente, ante el aniversario emblemático de 1970 de la Revolución, se vaticinaba que daría un duro alegato contra el partido hegemónico y sus integrantes. Sin embargo, su muerte ese mismo año impidió que el mensaje llegara a oírse en público<sup>29</sup>.

Possiblemente alerta ante el contenido del mensaje y, además, seguro de que había que obturar cualquier espacio de crítica para lo que sería su presidencia, Echeverría se hizo eco de los reproches a la marcha de la Revolución. Motivos obviamente no le faltaban. El régimen priista atravesaba uno de sus momentos más delicados desde los años treinta, con una crisis social agravándose, una deslegitimación del poder presidencial y una economía estancada. Por eso cuestiones exhibidas en el último documento público de Cárdenas aparecieron con insistencia a lo largo de la campaña de Echeverría en 1970. Por ejemplo, hablando ante trabajadores petroleros en Poza Rica, Veracruz, sostuvo que la Revolución “puso en sus manos un instrumento que puede coadyuvar para lograr, y pronto, la independencia económica total de los

---

problemas existentes” (CÁRDENAS, Lázaro. *Palabras y documentos públicos, 1928-1970*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2022. p. 255).

<sup>26</sup> EL TESTAMENTO político de Cárdenas. *Revista de la Universidad de México*, DF, 9 mayo 1971. p. 2.

<sup>27</sup> EL TESTAMENTO político de Cárdenas. *Revista de la Universidad de México*, DF, 9 mayo 1971. p. 3

<sup>28</sup> EL TESTAMENTO político de Cárdenas. *Revista de la Universidad de México*, DF, 9 mayo 1971. p. 6.

<sup>29</sup> El discurso vería la luz un año después con una introducción de Cuauhtémoc Cárdenas. En su habitual columna en *Excélsior*, Daniel Cosío Villegas dio más información al respecto. Según él, no hay dudas de que las ideas en el documento son del propio Cárdenas. Además de marcar su desilusión con el régimen y sus hombres, el general michoacano alertó sobre los peligros futuros que se presentan si no se hacen las correcciones necesarias. Para Cosío Villegas, Cárdenas dirigió su mensaje a Echeverría, reconociéndolo como el ejecutor de su testamento político y de la Revolución (VILLEGAS, Daniel Cosío. Mi General: presentes. *Excélsior*, DF, 30 oct. 1971. p. 6-9.

mexicanos": la nacionalización del petróleo y la creación de la petrolera estatal PEMEX en marzo y junio de 1938, respectivamente, bajo el gobierno de Cárdenas. Debido a ello, por las posibilidades que las y los trabajadores mexicanos tenían, se debía "renovar la fe en los ideales de la Revolución Mexicana"<sup>30</sup>. En una misma tónica habló ante estudiantes de la Universidad Veracruzana en Fortín de las Flores: "México debe tratar de mejorar su revolución, no de derrotarla", pero siempre con una "[...] autocritica revolucionaria y principio de renovación [...] apegados a los intereses de los mexicanos"<sup>31</sup>. Finalmente, algo similar sostuvo en el último destino de su gira por Veracruz. Desde Córdoba, instó a los presentes a que la "Revolución no se detenga sino que se perfeccione, incremente y depure"<sup>32</sup>.

Además de la idea de relanzar la Revolución Mexicana "hacia arriba y adelante", como rezaba su eslogan de campaña, el candidato presidencial dedicó párrafos enteros de sus discursos a dos de las preocupaciones que Cárdenas y otros críticos del sistema político creado habían manifestado insistente por aquellos años. Por una parte, la cuestión de la juventud. A nivel mundial, entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la juventud comenzó a pensarse como un sujeto político. Dejó de verse como un momento preparatorio para la adultez, transformándose en una etapa culminante del desarrollo humano (Hobsbawm, 2008). En el caso mexicano, el movimiento de estudiantes de 1968 y su crudo desenlace dejó una marca imperecedera no solo en sus partícipes necesarios, sino también en la sociedad mexicana en general. Desde aquel momento, al decir de Beezley (2010), un espectro de sospecha se tendió sobre la juventud en México, especialmente hacia los estudiantes que coqueteaban con el marxismo y con la contracultura de inspiración estadounidense.

<sup>30</sup> LA REVOLUCIÓN puso en sus manos un instrumento favorable a la independencia económica, dijo LEA a los petroleros. *El Universal*, DF, 26 ene. 1970. p. 4.

<sup>31</sup> MÉXICO debe tratar de mejorar su revolución, no de derrotarla, dijo Echeverría a jóvenes que le trajeron el conflicto de 1968. *El Día*, DF, 29 ene, 1970. p. 3.

<sup>32</sup> LA CAMPAÑA presidencial. Aspiro a ser un presidente del pueblo y para el pueblo, dijo Echeverría. *El Día*, DF, 30 ene. 1970. p. 7.

Ante este estado de cosas, Echeverría buscó interpelar a la juventud, enfatizando algunos aspectos concretos. Por ejemplo, su carácter revolucionario. Ante estudiantes del Instituto Politécnico Nacional sostuvo que la “[...] juventud debe ser revolucionaria, pero conscientemente revolucionaria”, que debe crear y no destruir, preparándose para “[...] atacar a los verdaderos enemigos de México”<sup>33</sup>. Ahora bien, si la juventud debía tener la forma revolucionaria, no cualquier contenido era posible, menos deseable. Es lo que sostuvo ante la prensa una vez que la Cámara de Diputados de la Unión aprobó la reforma del artículo 34 de la Constitución Política, permitiendo el voto desde los 18 años. Ante periodistas, manifestó su confianza en la juventud “porque... es inconforme” y retiró su llamado para que los jóvenes que ahora podían sufragar militen en partidos políticos “con los ideales de la Revolución”. “No vamos a encontrar fórmulas en el extranjero: serían inoperantes; sería, repito, una enajenación”, declaró al terminar la rueda de prensa<sup>34</sup>.

Entonces, si la juventud debía ser revolucionaria y su carácter estar en sintonía con los postulados de la Revolución mexicana, ¿cuál fue la función que le asignó Echeverría? La de apoyar al gobierno, a los postulados revolucionarios y al régimen creado en el país, como dijo en Oaxaca y en Coahuila, el 20 de marzo y del 17 de abril de 1970, respectivamente<sup>35</sup>. Más allá de la perorata revolucionaria y la instigación a la crítica y autocrítica, Echeverría abogó en campaña por la incorporación pasiva de los jóvenes revolucionarios. Su rol único o principal sería el apoyo al nuevo gobierno y, en general, al régimen priista. Parafraseando a Cansino y Covarrubias (2006), ante un sector reacio a la cooptación y que demostró que tenía suficientes credenciales para poner en cuestión el orden, Echeverría dirigió su discurso de campaña, primero, y sus políticas de gobierno, después, a incorporarlos.

<sup>33</sup> FALCONI, José. Echeverría pide al pueblo que le reclame cualquier claudicación. *El Heraldo de México*, 25 de oct. 1969. p. 4-5.

<sup>34</sup> RIVERA, Héctor, Mensaje de LEA a los estudiantes. Confianza en que los jóvenes militen con la Revolución. *El Diario de la Tarde*, DF, 29 oct. 1969. p. 1.

<sup>35</sup> ECHEVERRÍA, Luis. *Pensamiento y doctrina*. México: PRI, 1969.

La otra cuestión que ocupó los discursos del candidato presidencial fue la agrícola. Particularmente, la situación de la Reforma agraria. Formaba parte del Plan Ayala redactado en 1911 por Emiliano Zapata y sus huestes campesinas, incorporada luego en sus aspectos centrales en la Constitución Política de 1917. Tras ella, se produjo una verdadera avalancha de resoluciones agrarias, reformando aspectos contenidos en la Carta Magna. Entre las más representativas, las leyes de tierras ociosas de 1920, de dotación y restituciones de tierras y aguas de 1927 y de colonización de 1934 (González, 1981). Estas modificaciones repercutieron en la intensidad y profundidad de la repartición de tierras. Entre las presidencias de Álvaro Obregón (1920-1924) y Abelardo Rodríguez (1932-1934), se repartieron poco más de 10 millones de hectáreas en beneficio de casi 700 mil campesinos (Aguilera Gómez, 1969). Durante su sexenio, Cárdenas repartió 17.609.139 hectáreas a cerca de 1 millón de personas (Medin, 1992), con los repartos y ejidización de La Laguna, Yucatán, y el Valle de Mexicali, Baja California, como sus puntos culminantes (González, 1981). Sin embargo, los gobiernos que siguieron a Cárdenas amainaron sensiblemente la marcha de la Reforma agraria y la entrega de tierras. Por ejemplo, entre 1940 y 1970, se repartieron 41 millones de hectáreas a aproximadamente 1 millón de personas. Es decir, cada una de las cinco administraciones repartió poco más de 8 millones de hectáreas a 200 mil campesinos<sup>36</sup> (Atlas de la Revolución mexicana, 1986), muy por debajo de los números que manejó la administración cardenista. Estas últimas cantidades señalan que para 1970 el reparto agrario se había desacelerado.

En su gira por la República, Echeverría se pronunció en favor del relanzamiento de la Reforma y la intensificación de la distribución de tierras. En la Secretaría de Gobernación ante un grupo de ferrocarrileros, sostuvo: “[...] fijo mi atención en primer término en el proceso revolucionario por excelencia del reparto de tierras y el cambio efectuado en el régimen de propiedad”<sup>37</sup>. Es de

<sup>36</sup> S/A. *Atlas de la Revolución mexicana*. México: Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática, 1986.

<sup>37</sup> WILEBALDO CAMPS, Lara. Impulso a una nueva etapa de la Revolución. *El Día*, D.F., 24 oct. 1969, p. 16.

notar que en sus discursos de campaña tomó forma una idea sugerente. Hasta ese momento, hasta los años setenta, los campesinos mexicanos habrían visto tan solo una arista de la Reforma agraria. Como sostuvo el 11 de marzo de 1970 en Aracelia, Guerrero, se trató de una “[...] primera etapa de un movimiento de redención total de los campesinos”. Sin embargo, se hacía menester lanzar una segunda basada en la organización del campo, en los créditos y la protección a los campesinos frente a acaparadores e intermediarios<sup>38</sup>. Algo similar sostuvo en su visita a Anenecuilco, Morelos, a principios de junio de 1970. Señaló que la modernización del ejido, la introducción de nuevas técnicas agropecuarias, la diversificación del campo, la protección de la pequeña propiedad frente a los latifundios, componentes de su propuesta de una segunda etapa de la Reforma agraria, eran formas de honrar a la memoria de Zapata<sup>39</sup>. Echeverría era consciente de que se precisaba relanzar la Reforma, como sostuvo Cárdenas en su último mensaje público. Este relanzamiento involucraba no sólo incrementar el reparto de tierras, sino más aún la tecnificación de un sector alicaído de la economía nacional<sup>40</sup>. En este sentido, la apuesta vivificadora de la Reforma agraria convivió con una necesidad técnico-económica por introducir en el campo mexicano elementos que aumentaran su productividad y suavizaran los problemas que el desacople entre éste y la industria habían generado en los últimos años.

La pretensión de revitalizar la Reforma agraria debe ser también ubicada a partir de dos coordenadas: las invasiones de tierras y la aparición de guerrillas en el campo. Las promesas gubernamentales y la lentitud burocrática, a lo que se sumó la expulsión de la mano de obra campesina, hizo de las invasiones una característica persistente del periodo 1940-1970<sup>41</sup>. Este proceso

<sup>38</sup> ECHEVERRÍA, Luis. *Pensamiento y doctrina*. México: PRI, 1969.

<sup>39</sup> MORA, Gustavo. Promesa de LE en la casa del General Zapata. Cumplir su ideal es modernizar el ejido, afirmó el candidato. *Novedades*, DF, 10 jun. 1970. p. 8-9.

<sup>40</sup> Durante el período de auge del “desarrollo estabilizador”, se favoreció la industria por sobre el campo, lo que llevó a que el incremento en la producción de bienes manufacturados fuera mayor al agrícola.

<sup>41</sup> En estos años, 28 invasiones involucraron entre 25 y 5 mil familias de todos los rincones de la República. La mayoría de estas familias estaban compuestas por campesinos jóvenes expulsados de sus tierras por la aparición de nuevos latifundios (Martínez Ríos, 1972).

entró en un impasse bajo el gobierno de Díaz Ordaz, para luego retomar su cauce a final de su sexenio y profundizarse durante los años de Echeverría<sup>42</sup>.

Respecto a las guerrillas, a finales de los sesenta aparecieron dos organizaciones guerrilleras en Guerrero, uno de los estados con mayor atraso y desigualdad de la República: la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, comandada por Genaro Velázquez, y el Partido de los Pobres, de Lucio Cabañas. Ambas realizaron acciones circunscritas al estado, emboscando policías y militares, secuestrando empresarios y caciques políticos, entre otras (Huacuja; Woldenberg, 1976)<sup>43</sup>. Durante el sexenio de Echeverría aparecieron también organizaciones guerrilleras con tácticas urbanas como el Frente Urbano Zapatista, el Movimiento de Acción Revolucionaria, los Comandos Armados del Pueblo y las Fuerzas Revolucionarias del Pueblo. Estas últimas fueron conocidas por el secuestro del suegro del presidente, el antiguo gobernador del estado de Jalisco y fundador de la Universidad de Guadalajara, José Guadalupe Zuno<sup>44</sup>. Ante la reanudación de la invasión de tierras y la intensificación del accionar guerrillero rural, podría considerarse lógica la búsqueda de relanzar la Reforma agraria, repartiendo tierras y aumentando su producción. Junto con la interpelación a la juventud, temas principales de la campaña de Echeverría, buscaban resolver dos afrentas mayúsculas al régimen priista.

### Las exequias. Octubre de 1970

El 19 de octubre de 1970 falleció a los 75 años Lázaro Cárdenas. El mismo día, pero 25 años después, que su jefe político, primero, y enemigo, después, Plutarco Elías Calles. Hacía tiempo que la salud de Cárdenas se encontraba comprometida por un melanoma. Ello no impidió la continuación de

<sup>42</sup> Once de los 30 estados de la República registraron invasiones de tierras. Ante este panorama, Echeverría, ya como presidente, expropió cerca de 35 mil hectáreas a productores agrícolas comerciales en Sonora y Sinaloa.

<sup>43</sup> Como anota Vicente Ovalle (2019), tanto el gobierno de Echeverría como el de sus sucesores negaron que hubiese existido una estrategia estatal para eliminar a las guerrillas. Se ocultó incluso la existencia de la dependencia gubernamental destinada a la desaparición, tortura y muerte de los detenidos.

<sup>44</sup> SOTO, Armando Ávila. Contra la violencia, diálogo. *Jueves de Excélsior*, DF, 5 sep. 1974. p. 8.

sus labores como presidente del Consejo de Administración de la siderúrgica Las Truchas, cargo honorífico otorgado en enero de 1969. La enfermedad pulmonar de Cárdenas tampoco le interrumpió las entradas de sus *Apuntes*, documentos que registran no tanto su día a día. Más bien, sus pensamientos políticos más íntimos sobre los aconteceres internacionales, la marcha de la Revolución en México y el accionar de los gobiernos que lo sucedieron. Sobre los últimos, sin embargo, Cárdenas hacía honor a su apodo de “esfinge”, manteniendo para sí – también para su grupo de allegados más íntimo- las críticas a las administraciones priistas que lo continuaron. Como sostiene Knight (2015, p. 208) prefirió encauzar sus “energías y, tal vez, su resentimiento, hacia causas internacionales (Guatemala, Cuba y Vietnam) o regionales (las comisiones del Tepalcatepec y del Balsas)”.

El deceso de Cárdenas ocurrió en un momento delicado. El 5 de julio de ese año se habían celebrado las elecciones federales en el país. Con una participación algo mayor al 69 por ciento, casi 12 millones de mexicanas y mexicanos optaron por el candidato oficialista, Echeverría, frente al de la oposición, el panista Efraín González Morfín. Además del control en solitario de la Cámara de Senadores -algo que ya tenía el PRI desde hacía varios sexenios-, el oficialismo se hizo con 178 diputaciones que, sumadas a las de sus aliados, lo hicieron llegar a 193 escaños sobre 213 (Nohlen, 2005). A pesar de las suposiciones y pronósticos de intelectuales y analistas críticos, los comicios se celebraron sin grandes inconvenientes. Para muchos, los episodios de Tlatelolco de 1968 habían horadado de tal forma la legitimidad del partido hegemónico que cabía la posibilidad de que la oposición panista obtuviera mayores apoyos electorales. Estas presunciones no eran descabelladas. La represión al movimiento estudiantil significó un ataque a uno de los polos de sustento del régimen: las clases medias. Si bien en el pasado las afrentas físicas y simbólicas al movimiento obrero organizado, a campesinos e indígenas, estuvieron a la orden del día, con Tlatelolco era la primera vez en las varias décadas de dominio del PRI que el ataque se dirigía a las clases medias (Garciadiego, 2022).

Pasada la elección no se disiparon las dudas respecto al modo en que el gobierno de Echeverría iba a lidiar con la insatisfacción de los estudiantes, en particular, y las clases medias, en general. Este interrogante se mantuvo presente en los meses que continuaron a los comicios, cuando arreció la danza de nombres para puestos en la nueva administración. El presidente tomó posesión del cargo el 1º de diciembre de 1970. En funciones, buscó tender una mano al movimiento estudiantil ofreciendo una amnistía a los maestros y estudiantes presos desde 1968, primero, y, luego, con la creación de universidades, centros de investigación y el aumento de los presupuestos universitarios, particularmente el de la UNAM (Krauze, 1997). En este sentido, al decir de Cothran (1994), el gobierno respondió a sus disidentes con una mezcla de políticas económicas intervencionistas, mayor cooptación de graduados universitarios en posiciones dentro del gobierno y del partido, e inició las discusiones para elaborar una reforma político-electoral que abriera cauces institucionales para dirimir las insatisfacciones ciudadanas. Ante aquellos que se mostraron impermeables a las políticas del gobierno, se les contestó con vigilancia y coacción, como lo demostró la represión a los estudiantes movilizados en junio de 1971 y la actitud tomada ante las organizaciones guerrilleras rurales y urbanas durante todo el sexenio (Vicente Ovalle, 2023).

El fallecimiento de Cárdenas ocurrió entre la elección de junio y la toma de posesión del cargo en diciembre. ¿Cómo afectó en la vida política nacional, en general, y en el discurrir del nuevo gobierno, en particular? ¿Se trató de un acontecimiento capital para el partido hegemónico y sus hombres o, antes bien, fue simplemente un engrosamiento más de la lista del panteón de ilustres revolucionarios? ¿Qué implicó para Echeverría y sus ansias de un nuevo comienzo en la historia de la Revolución mexicana el fallecimiento de un popular ex presidente y siempre crítico con sus sucesores?

Hay varios aspectos indudables en las exequias a Cárdenas. Por una parte, el dolor colectivo. Numerosas personas viajaron al, por entonces, Distrito Federal al enterarse de su muerte, sintiendo una obligación sincera de agradecer lo que había hecho durante su gobierno para mejorarles la vida (Kiddle; Lenti,

2010)<sup>45</sup>. En su edición del 21 de octubre, *El Nacional* destacó la consternación popular por la muerte del ex presidente. Dos fotografías acompañan a la tapa del periódico. En la primera, Díaz Ordaz y otros políticos están junto al féretro de Cárdenas. La segunda destaca la presencia de un nutrido grupo de personas. La mayoría son hombres jóvenes. Las imágenes son acompañadas por pies de foto:

El presidente Díaz Ordaz, acompañado de los representantes del Poder Legislativo, licenciado Octavio Sentíes (detrás del Primer Mandatario) y profesor Enrique Olivares Santana (segundo en la fila del lado derecho) y del presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el licenciado Alfonso Guzmán Neyra (al frente a la derecha), hace guardia ante el féretro del general Cárdenas, expuesto a la veneración pública ayer, en la Cámara de Diputados<sup>46</sup>.

Decenas de miles de mexicanos, de todos los estratos sociales y de todas las edades, se agolparon en torno a la Cámara de Diputados, en donde los despojos del general Cárdenas, en un catafalco gris, fueron expuestos, por unas horas, a la veneración pública. El dolor estrujó los corazones de los mexicanos. Los restos de Cárdenas reposarán, desde hoy, en el Monumento a la Revolución, al lado de los de Madero, Carranza y Calles<sup>47</sup>.

No hay aleatoriedad en la disposición y en la composición de las imágenes. Mucho menos en los textos. Hay una clara intención política de, en primer lugar, recordar una jerarquía. Los poderes del Estado se reunieron para despedir al presidente que contribuyó a la estructuración del sistema. Sus representantes estaban colocados metafórica y distributivamente sobre la muchedumbre que concurrió a la exposición pública del cadáver. En segundo lugar, en ambas fotos están ausentes representantes de dos organizaciones fundamentales del régimen cardenista: la Confederación de Trabajadores Mexicanos y la Confederación Nacional Campesina, fundadas en 1936 y 1938,

<sup>45</sup> Muestras de agradecimiento que trascendieron el velorio. Krauze (1987) relata la visita varios años después de un periodista al pueblo de Tzintzuntzan, en la zona lacustre de Michoacán. Todos los 21 de octubre el palacio municipal se llena de flores, los pobladores pasean un retrato de Cárdenas hasta el panteón del pueblo y rezan allí por su reposo eterno.

<sup>46</sup> HOY, la bandera nacional a media asta, por la muerte de Cárdenas. *El Nacional*, DF, 21 oct. 1970. p. 1.

<sup>47</sup> HOY, la bandera nacional a media asta, por la muerte de Cárdenas. *El Nacional*, DF, 21 oct. 1970. p. 1.

respectivamente. Aparecen, en cambio, representantes de los tres poderes y una aglomeración de personas. Y, en tercer lugar, el pie de la segunda imagen destaca que ese gentío que se juntó para homenajear a Cárdenas estaba compuesto por personas de todas las clases sociales y edades. Personas ricas y pobres, jóvenes y viejos, se habían reunido para honrar la memoria del general michoacano. Entonces, ¿qué es lo que este periódico oficialista estaba sugiriendo? Que la cúspide del poder y su base se encontraban unidas, al parecer, sin necesidad de las organizaciones intermedias que coordinaron los esfuerzos de trabajadores, campesinos y demás sectores de la población. Y estaban unidas a pesar del “circunstancial desencuentro” de 1968, como lo habría demostrado el resultado electoral del 5 de julio y que el funeral de Cárdenas no hacía más que reafirmar.

Otra de las cuestiones indudables está vinculada precisamente a la unidad, en este caso de la “familia revolucionaria”. Con la aquiescencia de los deudos, el gobierno de Díaz Ordaz emitió un decreto para que los restos mortales de Cárdenas descansaran en el Monumento a la Revolución<sup>48</sup>. Tiempo atrás, a finales del siglo XIX, el general Porfirio Díaz había planificado emplazar allí un nuevo Palacio Legislativo Federal. El edificio empezó su construcción, pero fue interrumpido por la Revolución de 1910. Francisco I. Madero, el primer presidente tras el hecho revolucionario, continuó la obra hasta que los fondos de la maltrecha Hacienda se acabaron. El levantamiento huertista y su fusilamiento en 1913 pusieron en un segundo plano la reanudación de la construcción. Unos años después, el presidente Álvaro Obregón buscó proseguir la obra, pero esta vez con la idea de construir allí un memorial a la Revolución. Sin embargo, su asesinato en 1928 se interpuso y los trabajos en el lugar se volvieron a posponer. No será sino diez años después bajo la presidencia de Cárdenas que se retomó la idea de Obregón, construyendo allí el Monumento a la Revolución. Como señala Benjamin (2009, p. 161), se buscó “[...] unificar simbólicamente a la Revolución [...] y restañar las heridas de la memoria”. Fue uno de los “primeros esfuerzos oficiales por transformar las discordantes tradiciones revolucionarias de México

<sup>48</sup> EL DECRETO para la inhumación será publicado en el Diario Oficial de la Federación, hoy. *El Nacional*, DF, 21 oct. 1970. p. 7.

y hacerlas converger en una sola". Expulsado el "Jefe Máximo" Calles, reestructurado el partido oficial, incorporadas a sus estructuras las organizaciones obreras y campesinas, y con la economía nacional estabilizada y recobrando la pujanza de principios de la década, resultó lógico que haya sido Cárdenas el que continuó e inauguró el memorial. Era un momento en que las aguas de las disputas intestinas dentro de la "familia revolucionaria" se aquietaron, haciendo necesario elaborar un relato que las agrupara y considerara.

En ese lugar, entonces, fue a parar el cuerpo embalsamado del general michoacano. En su columna alegórica, *El Nacional* buscó resaltar la reunión *post mortem* de los héroes de la Revolución. Se define a Cárdenas como "uno de los hombres de la propia Revolución, que proyectó a México hacia la independencia económica". Esta primera oración puede pasar desapercibida, pero trató de significar que era una más dentro de otras figuras estelares del hecho de 1910. Lo que adquiere más sentido cuando el reportero recuerda qué otros cuerpos de ilustres revolucionarios están en el Monumento: "[...] en los tres pilares restantes se encuentran los restos de los Presidentes Carranza, Madero y Calles, inhumados primeramente en otros sitios y posteriormente trasladados allí"<sup>49</sup>. A diferencia de ellos, Cárdenas sería el primero que inmediatamente fallecido fuera sepultado en el Monumento. A su llegada, la "familia revolucionaria" volvía a estar completa. El creador del Partido de la Revolución Mexicana y nacionalizador del petróleo se reunía con el jefe del Ejército Constitucionalista, con el primer presidente tras el hecho revolucionario y el máximo artífice de la institucionalización del poder político en el país.

Un último tema es que, sin dudas, la muerte de Cárdenas significó un alivio para el partido hegemónico y sus miembros. Y una oportunidad de oro para el presidente electo Echeverría y su grupo. En lo que hace al primer punto, Cárdenas fue un crítico insistente, aunque soterrado, tanto por la disciplina partidaria como por su responsabilidad como ex presidente. En su *Apuntes a finales de los sesenta*, censuró la violencia con la que se trató a los movimientos

<sup>49</sup> LOS RESTOS serán depositados en el Monumento a la Revolución a las 13 horas, en el pilar sureste. *El Nacional*, DF, 21 oct. 1970, p. 7.

estudiantiles, denunció los incumplimientos a los postulados de la Revolución mexicana y el método de selección de candidatos presidenciales, además de cuestionar la falta de democracia interna dentro del partido hegemónico y de participación ciudadana en él<sup>50</sup>. Si a este ejercicio crítico se le suma el fervor popular que despertaba Cárdenas, es comprensible que para el PRI su desaparición física fuera un bálsamo. De aquí proviene el segundo sentido del título de este artículo, que retoma una sugerente idea de Aguilar Camín y Meyer (2005): 1938 marcó el fin del sexenio del general michoacano y, para muchos desde entonces, también el de la Revolución mexicana. En este marco, el fallecimiento de Cárdenas habría puesto el último clavo en el ataúd del proceso revolucionario iniciado en 1910.

Sin embargo, ¿qué hacer con su recuerdo? ¿De qué modo reconstruir su memoria pública y hacerla entrar en la historia oficial de la Revolución? Parte de la respuesta a estos interrogantes la dio el presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, Alfonso Martínez Domínguez. Al ser consultado por *El Nacional*, dijo extender una invitación sincera a “todos los sectores del pueblo” a recordar el ejemplo de Cárdenas. Sugirió, además, que la mejor forma de honrar su memoria es “[...] continuar sin desmayos y sin pausas en la línea progresista, transformadora y justiciera de la Revolución mexicana”<sup>51</sup>. Otra forma de decir, que el mejor homenaje que puede darse a Cárdenas era proseguir el camino que estaba transitando México de la mano del PRI, y que se remontaba desde los comienzos de la Revolución hasta el presente, pasando, claro, por los seis años de gobierno cardenista.

Esta versión oficial también fue la que mantuvo Echeverría en su escueto intercambio con la prensa. Al conocerse la noticia del fallecimiento de Cárdenas, se apersonó donde estaba el féretro y la familia, y presentó sus condolencias. Posteriormente, relata la crónica periodística, atisbó unas palabras. Según *El Nacional*, además de sentir “profundamente la muerte del señor general

<sup>50</sup> CÁRDENAS, Lázaro. *Palabras y documentos públicos, 1928-1970*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2022

<sup>51</sup> CONSTERNACIÓN por la muerte del General Lázaro Cárdenas. *El Nacional*, DF, 20 oct. 1970. p. 6.

Cárdenas”, consideraba “justas y precisas” las palabras de Díaz Ordaz. Ellas podían “[...] condensar los sentimientos de la gran corriente revolucionaria ante la gran pérdida que acaba de sufrir México”<sup>52</sup>. Estas sobrias palabras pueden pasar desapercibidas si no se tiene registro que en ningún lugar de la edición de ese día del periódico oficialista se transcriben las palabras de Díaz Ordaz. Tampoco en las siguientes. Antes que un simple descuido de parte de su director, el sonorense Alejandro Carrillo Macor, hubo un deliberado intento por ocultar lo dicho por el presidente en ejercicio. La gran pregunta es, en todo caso, ¿por qué? ¿A qué obedeció que las declaraciones de Díaz Ordaz no aparezcan en los números del 20 al 22 de octubre, pero sí las del jefe del PRI y las escuetas palabras de Echeverría? Puede pensarse, de un lado, que se debió a la animadversión que existía entre Díaz Ordaz y Cárdenas. Del otro, al tono discordante con la “versión oficial” de reunificación de la “familia revolucionaria” que el partido hegemónico trató de imprimir a los homenajes. En este marco, las sucintas declaraciones de Echeverría mostraban que si bien era el presidente electo, aún debía asumir para tener “voz propia”. Sus usos de la memoria cardenista, entonces, debían esperar al 1 de diciembre. Y así fue. Como lo muestran los sucesivos actos en homenaje a Cárdenas que se dieron durante su sexenio, la “muerte del ícono revolucionario” le otorgó a Echeverría una oportunidad de oro para plasmar su propia versión del mito cardenista (Kiddle; Lenti, 2010).

## Conclusiones

La historia es un campo de disputas constante, particularmente en tiempos marcados por crisis políticas y sociales, y problemas económicos. Entre 1970 y 1976, durante la presidencia de Luis Echeverría, la figura de Cárdenas se constituyó en un recurso simbólico fundamental para dar legitimidad a su gobierno, en medio de agudas crisis que ponían en jaque la estabilidad del régimen estructurado por el PRI desde hacía décadas. El sexenio echeverrista fue

<sup>52</sup> PASA a la historia, ocupando un lugar de excepción: Echeverría. *El Nacional*, DF, 20 oct. 1970. p. 1.

testigo de un intento premeditado de establecer una continuidad con el cardenismo. El que fuera presidente entre 1934 y 1940 se proyectó no solo como un faro moral en un tiempo de profunda incertidumbre para el partido gobernante. Su estirpe fue utilizada también para justificar la apertura política y el cambio de modelo económico al que aspiraba Echeverría.

No obstante, este artículo se ubicó un tiempo antes. Interrogó los usos políticos de la figura de Cárdenas que hizo Echeverría tiempo antes de su llegada al gobierno. Examinó los modos a través de los cuales esos usos implicaron un enlazamiento con la tradición política revolucionaria mexicana, y la construcción de una identidad política propia. El análisis se realizó en dos períodos bien precisos: la campaña presidencial y los funerales a Cárdenas, entre 1969 y 1970. Momentos distintos en términos de la capacidad de utilizar políticamente la memoria del general michoacano. A medida que se fueron aquietando las aguas del conflicto social, pero agravándose la situación económica, el fantasma de Cárdenas rondó con más insistencia por el Palacio Nacional. Sin embargo, estos usos políticos antecedieron a su asunción en diciembre de 1970. Particularmente, en su apuesta por relanzar la Reforma agraria y cooptar a la juventud, talones de Aquiles, en ese momento, del modelo económico y del sistema político mexicano.

El análisis efectuado en esta etapa de la historia política mexicana muestra de qué forma las memorias históricas –en este caso, del pasado revolucionario- no son artefactos estáticos. Son, antes bien, campos de disputa en los cuales los actores políticos buscan legitimar sus proyectos, enfrentando los desafíos contemporáneos y delineando futuros deseables. En lo que refiere específicamente a Echeverría, su apuesta por vincular su administración a la de Cárdenas –y su legado, claro- mostró las posibilidades y también los límites que presenta un ejercicio de reapropiación simbólica. Con Cárdenas vivo, Echeverría tenía serias dificultades para apropiarse de su acervo simbólico. Una vez muerto, sin embargo, el luego presidente pudo actualizar el pasado cardenista y acondicionarlo a las vicisitudes que demandaba el presente: la unidad de la “familia revolucionaria” y el comienzo de una nueva etapa política del país.

Estos primeros momentos del echeverrismo conducen a reflexionar sobre la relación compleja que se establece entre política, poder y memoria histórica. En base a ello, ¿qué beneficios y qué costos tiene recurrir al pasado para intervenir en el presente? ¿Hasta qué punto estas apuestas pueden subsanar las tensiones que surgen en contextos críticos? Estas preguntas aplican al caso mexicano. Del mismo modo lo hacen con otras experiencias políticas en América Latina. Experiencias en las que las revoluciones y los liderazgos carismáticos prosiguen acosando las disputas por el poder, las definiciones de lo político y las tradiciones políticas nacionales.

## Referências

### Documentos

CÁRDENAS, Lázaro. Palabras y documentos públicos, 1928-1970. Ciudad de México: Siglo XXI, 2022.

ECHEVERRÍA, Luis. Pensamiento y doctrina. México: PRI, 1969.

S/A. Atlas de la Revolución mexicana. México: Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática, 1986.

### Periódicos

CONSTERNACIÓN por la muerte del General Lázaro Cárdenas. El Nacional, DF, 20 oct. 1970.

EL DECRETO para la inhumación será publicado en el Diario Oficial de la Federación, hoy. El Nacional, DF, 21 oct. 1970.

EL TESTAMENTO político de Cárdenas. Revista de la Universidad de México, DF, 9 mayo 1971.

FALCONI, José. Echeverría pide al pueblo que le reclame cualquier claudicación. El Heraldo de México, 25 oct. 1969.

HOY, la bandera nacional a media asta, por la muerte de Cárdenas. El Nacional, DF, 21 oct. 1970.

LA CAMPAÑA presidencial. Aspiro a ser un presidente del pueblo y para el pueblo, dijo Echeverría. El Día, DF, 30 ene. 1970.

LA REVOLUCIÓN puso en sus manos un instrumento favorable a la independencia económica, dijo LEA a los petroleros. El Universal, DF, 26 ene. 1970.

LOS RESTOS serán depositados en el Monumento a la Revolución a las 13 horas, en el pilar sureste. El Nacional, DF, 21 oct. 1970.

MÉXICO debe tratar de mejorar su revolución, no de derrotarla, dijo Echeverría a jóvenes que le trajeron el conflicto de 1968. El Día, DF, 29 ene. 1970.

MORA, Gustavo. Promesa de LE en la casa del General Zapata. Cumplir su ideal es modernizar el ejido, afirmó el candidato. Novedades, DF, 10 jun. 1970.

PASA a la historia, ocupando un lugar de excepción: Echeverría. El Nacional, DF, 20 oct. 1970.

RIVERA, Héctor. Mensaje de LEA a los estudiantes: confianza en que los jóvenes militen con la Revolución. El Diario de la Tarde, DF, 29 oct. 1969.

SOTO, Armando Ávila. Contra la violencia, diálogo. Jueves de Excélsior, DF, 5 sep. 1974

TEXTO íntegro del discurso de Echeverría en el poblado minero sonorense. El Día, DF, 2 ene. 1970.

UN NUEVO estilo de vida se crea en el Estado de Baja California, gracias a la Revolución. El Día, DF, 22 dic. 1969.

VILLEGRAS, Daniel Cosío. Mi General: Presentes. Excélsior, DF, 30 oct. 1971.

WILEBALDO CAMPS, Lara. Impulso a una nueva etapa de la Revolución. El Día, DF, 24 oct. 1969.

## Bibliografía

ABOY CARLÉS, Gerardo. Las dos fronteras de la democracia argentina. Rosario: Homo Sapiens, 2001.

AGUAYO, Sergio. 1968: los archivos de la violencia. México, DF: Grijalbo, 1998.

AGUILAR CAMÍN, Héctor; MEYER, Lorenzo. A la sombra de la Revolución Mexicana. México, DF: Cal y Arena, 2005.

AGUILERA GÓMEZ, Manuel. La reforma agraria en el desarrollo económico de México. México: Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, 1969.

- AVIÑA, Alexander. We have returned to Porfirian Times. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M. (ed.). *Populism in Twentieth Century Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. 106-121.
- BASÁÑEZ, Miguel. *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*. México: Siglo XXI, 1988.
- BASURTO, Jorge. The late populism of Luis Echeverría. In: CONNIEF, M. (ed.). *Latin American Populism in comparative perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1982. p. 93-111.
- BEEZLE, William. Conclusion. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M. (ed.). *Populism in Twentieth Century Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. 190-205.
- BENVENISTE, Emile. Las relaciones de tiempo en el verbo francés. *Semiosis*, n. 5, p. 52-61, 1999.
- BENJAMIN, Thomas. *La Revolución mexicana: Memoria, mito e historia*. México: Taurus, 2009.
- CANSINO, César; COVARRUBIAS, Israel. *En el nombre del pueblo: muerte y resurrección del populismo en México*. Ciudad Juárez: UACJ, 2006.
- CÁRDENAS, Cuauhtémoc. Foreword: populist and popular. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M. (ed.). *Populism in Twentieth Century Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. VII-X.
- COLÍN, Mario. *Una semblanza de Luis Echeverría*. México: Comité de Actos Conmemorativos del Natalicio del Dr. Valentín Gómez Farías, 1969.
- CÓRDOVA, Arnaldo. *La ideología de la Revolución mexicana*. México: Ediciones Era, 1973.
- CÓRDOVA, Arnaldo. *La política de masas del cardenismo*. México: Ediciones Era, 1976.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel. *El sistema político mexicano*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1974.
- COTHRAN, Dan. *Political Stability and Democracy in Mexico*. WestPort: Praeger, 1994.
- ESCAMILA GIL, Guadalupe. *Un diario para el auge y la crisis*. México: El Nacional, 1991.

- FAVELA RODRÍGUEZ, Jesús. Gobierno y empresarios: el sexenio de Luís Echeverría. México: UAM, 1996.
- FILCHELSTEIN, Federico. Del fascismo al populismo en la historia. Buenos Aires: Taurus, 2018.
- FREIDENBERG, Flavia. La tentación populista: una vía al poder en América Latina. Madrid: Editorial Síntesis, 2007.
- FUNES, Andrés N. Antes de la Revolución: peronismo(s) y tradiciones políticas en la Argentina posperonista (1962-1966). Rosario: UNR Editora, 2024.
- GARCIADIEGO, Javier. Historia mínima de las elecciones en México. México: INE, 2022.
- GONZÁLEZ, Luis. Historia de la Revolución mexicana: 1934-1940, los días del presidente Cárdenas. México DF: El Colegio de México, 1981.
- HOBSBAWM, Eric. Historia del Siglo XX. Buenos Aires: Crítica, 2008.
- HUACUJA, Mario; WOLDENBERG, José. Estado y lucha política en el México actual. México DF: Ediciones El Caballito, 1976.
- IBARRA FIGUEROA, Carlos. Dictadura militar y transición democrática en Centroamérica. Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, n. 42, p. 871-888, 1994.
- KIDDLE, Amelia; LENTI, Joshep. Co-opting cardenismo. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M. (ed.). Populism in Twentieth Century Mexico. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. 175-189.
- KNIGHT, Alan. Cárdenas and Echeverría. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M. (ed.). Populism in Twentieth Century Mexico. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. 15-37.
- KNIGHT, Alan. Lázaro Cárdenas. In: FOWLER, W. (coord.). Gobernantes mexicanos. México: FCE, 2015. t. 2, p. 179-208.
- KRAUSE, Emilio. General misionero: Lázaro Cárdenas. México: FCE, 1987.
- KRAUSE, Emilio. La presidencia imperial. México: Tusquets, 1997.
- LAJOUZ, Alejandra. Los orígenes del Partido Único en México. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1981.
- LEVÍN ROBLES, María Fernanda. El uso político del exilio chileno durante el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976). 2020. Tesis (Maestra en Historia) -

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad de México, 2020

LEAL, Juan Fernando. *Populismo y revolución*. México: FCPyS-UNAM, 1984.

LOAEZA, Soledad. La presencia populista en México. In: HEMET, G. LOAEZA, S.; PRUD'-HOMME, JF. (ed.). *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México, DF: El Colegio de México, 2001. p. 365-392.

LOYOLA DÍAZ, Rafael. Manuel Ávila Camacho: el preámbulo del constructivismo revolucionario. In: FOWLER, W. (coord.). *Gobernantes mexicanos*. México: FCE, 2015. t. 2, p. 210-226.

MARTÍNEZ RÍOS, José. Las invasiones agrarias en México o la crisis de un modelo de incorporación-participación marginal. *Revista Mexicana de Sociología*, v. 34, n. 4-5, p. 741-783, 1972.

MEDIN, Tzvi. *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*. México: Siglo XXI, 1992.

MEDINA, Luis. *Historia de la Revolución mexicana: 1940-1952, del cardenismo al avilacamachismo*. México: El Colegio de México, 1979.

MUÑOZ, María. Forging Destiny. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M. (ed.). *Populism in Twentieth Century Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. 122-134.

NOHLEN, Dieter. México. In: NOHLEN, D. (ed.). *Elections in the Americas. North America, Central America and the Caribbean*. Oxford: Oxford University Press, 2005. v. 1, p. 439-478.

REYNA, José Luis; DELARBRE, Rodolfo. La clase obrera en la historia de México: De Adolfo Ruíz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964). México: Siglo XXI, 1981.

ROUQUIÈ, Alain; SUFFERN, Sebastian. Los militares en la política latinoamericana desde 1930. In: BETHELL, L. (ed.). *Historia de América Latina: política y sociedad desde 1930*. Barcelona: Crítica, 1997. t. 12, p. 281-341.

ROUSSEAU, Isabel. México: ¿Una revolución silenciosa? Élites gubernamentales y proyecto de modernización. México: El Colegio de México, 2001.

SALDÍVAR, Aníbal. *Ideología y política del estado mexicano (1970-1976)*. México: Siglo XXI, 1981.

SARLO, Beatriz. *Tiempo pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.

SIERRA, Carlos. Luis Echeverría: raíz y dinámica de su pensamiento. México: Tenoch, 1969.

SKIDEMORE, Thomas. México: domesticar una revolución. In: SKIDEMORE, T.; SMITH, P. (ed.). *Historia contemporánea de América Latina: América Latina en el siglo XX*. Barcelona: Crítica, 1996. p. 242-279.

SMITH, Peter. México, 1946c.-1990. In: BETHELL, Leslie (ed.). *Historia de América Latina: México y el Caribe desde 1930*. Barcelona: Crítica, 1998. t. 13, p. 84-147.

SNODGRASS, Mark. How Can We Speak of Democracy in Mexico?. In: KIDDLE, A.; MUÑOZ, M (ed.). *Populism in Twentieth Century Mexico*. Tucson: The University of Arizona Press, 2010. p. 159-172.

SUAREZ, Luis. Echeverría en el sexenio de López Portillo: el caso de un expresidente ante el sucesor. México: Grijalbo, 1983.

SVAMPA, Lucila. *La historia en disputa*. Buenos Aires: Prometeo, 2016.

VICENTE OVALLE, Camilo. [Tiempo suspendido]: Una historia de la desaparición forzada en México. México: Bonilla Artigas Editores, 2019.

VICENTE OVALLE, Camilo. *Instantes sin historia: La violencia política y de Estado en México*. México: UNAM, 2023.

WEYLAND, Kurt. "Clarificando un concepto cuestionado: el "populismo" en el estudio de la política latinoamericana". In: WEYLAND, K. et. al. (comp.). *Reeler los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular, 2004. p. 9-50.

YANKELEVICH, Pablo. Los rostros de Jano: vigilancia y control de los exiliados latinoamericanos en México (1960-1980). *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, v. 30, n. 1, p. 125-157, 2019.

ZANATTA, Loris. *El populismo*. Buenos Aires: Katz, 2014.